



Vista panorámica de los pantanos del Somme

va revelación de la importancia, del aprecio y del valor que adquiere cada día el algodón en los centros industriales de mayor renombre, ora por sus conquistas en las jornadas del progreso ya por la abundancia y garantía de los capitales en acción.

“Buenosaires, febrero 20.—Comunican de la capital peruana que el Gobierno acaba de expedir un decreto prohibiendo la exportación de semillas de algodón.

La disposición gubernativa tiende a evitar la competencia que principia a abrirse a los productos peruanos, pues se sabe que varios países vecinos efectúan grandes plantaciones de algodón, con semillas exportadas de las haciendas peruanas.”

Esta prohibición demuestra que el Gobierno del Perú se ha posesio-

nado realmente de la merecida preferencia con que hoy se solicita el algodón en todas partes, y del prestigio y consumo incalculable que le reserva el porvenir, aun admitiendo que la guerra europea terminara dentro de un año, máxime si se tiene en cuenta el tiempo que habrán de necesitar los contendores par restablecer las fuerzas indispensables, para el arreglo y preparación de los terrenos adecuados y para reanudar tareas de cultivo.

El territorio colombiano se halla, en su mayor parte, ventajosamente acondicionado para la siembra y el desarrollo de esta planta; y si nos convenciéramos de que ella sin hipérbole, está llamada a ser la reina de nuestras industrias nacionales, aprovecharíamos las presentes circunstancias, como estímulo

para hacer el viaje de ninguna manera más cómoda y segura que yendo en mí; la señora, que había nacido y se había criado en una de las comarcas de Colombia en que las mujeres no aprenden a montar y que sólo había cabalgado para subir del Magdalena a la Sabana, lo rehusaba porfiadamente y aseguraba que se moriría de miedo si llegaba a verse sobre un caballo; pero la pertinacia de su marido fué mayor que la de ella, y quedó acordado que yo llevaría a la dama sobre mi lomo.

Llegó el día señalado para la expedición. Las señoras no quisieron montar en la casa, para no dar en las calles un espectáculo que habría llamado demasíadamente la atención; y los caballos fuimos trasladados a una quinta en cuyo patio se efectuó la laboriosa operación de hacer montar a las señoras. Doña Paz quiso que me pasea-

que nos brinda la fortuna, para prestarle sin vacilaciones ni egoísmos—seguros de un éxito brillante—el concurso entusiasta de los capitales y los brazos.

Ya sabemos que la más sólida, la más honorable y más bien organizada de sus similares en el país—la Compañía de Samacá—compra en sus almacenes y sucursales a precio que no admite competencia las cantidades de algodón que se le ofrezcan.

AGRICULTOR.

De plaza

EN DEFENSA DE LA MORAL Y DEL DERECHO: el domingo pasado, dos caballeros no contentos con tener a la venta, sobre la mesa de su *chucho*, y en la

sen para ver si yo era bien *man-sito*, y me montó a mujeriegas uno de los mozos que nos había llevado, el cual se cubrió las piernas con una ruana grande que debía hacer las veces de amazona. Yo me rei para adentro de estas precauciones, é hice todo lo posible por inspirar confianza a mi señora. En otra la de ayudarlo a montar tomaron parte todos los presentes; uno tenía el taburete que debía servir de escalón, otro sostenía el galápago por mi lado derecho, otros dos me tenían de la rienda; otro guardaba los guantes, el pañuelo y el latiguillo para entregarlos a Doña Paz cuando estuviera ya bien acomodada. Una persona apretó las cinchas después que hubo subido; otra, haciendo que previamente le pusiera la mano izquierda en el hombro y que con la derecha se apoyara en el galápago, le arregló las faldas; otro, finalmente, a-

FOLLETON DE «ECO DE ORIENTE» 46

EL MORO

Por José Manuel Marroquín
Autobiografía de un potro sabanero.

CAPITULO XIV

Montame mi ama y el diablo hace que no pueda portarme bien con ella

Después de la barrabasada de Juan Luis, volví a aquel reposo que me era tan antipático. Ya hacía tiempo que de mi cuerpo había desaparecido todo vestigio de los magullamientos y lastimaduras, cuando la Señora Doña Paz, mujer de mi amo, determinó ir con su marido, con sus hijas mayores, Mercedes y Matilde, y con los niños y niñas, a una hacienda en que residía una hermana de aquella señora. El Señor Avila declaró que Doña Paz no po-